

del pan y del vino; milagro en la mudanza de forma, de proporcion, de extension, que debe padecer el cuerpo de Jesu-christo para producir esta union; milagro en la reproduccion de este cuerpo adorable en tantos lugares, y baxo tantas especies consagradas; milagro en la duracion de la union, en su naturaleza, que no se puede definir, en el término en donde empieza y en donde acaba, que no se puede fixar, &c. y todos estos milagros no son otros tantos escollos adonde la razon va á estrellarse? No valia mas atenerse á la fe recibida, y creer humildemente lo que siempre se habia creído en la Iglesia, que no atormentar el entendimiento para no ofrecer á la razon mas que dificultades tan insuperables y tan inherentes á la naturaleza de los objetos, como aquellas de que se le queria liberrar?

Este nuevo exemplo confirma lo que ya hemos observado muchas veces sobre la ineficacia é inutilidad de los esfuerzos del entendimiento humano quando intenta sujetar á su exámen los dogmas de la religion. Por eso todos los que escribieron en este siglo contra Berengario se reduxeron á dos puntos, en los quales consistia toda la controversia que habia suscitado. Primeramente establecian la verdad de fe opuesta á sus errores; y en segundo lugar declaraban que el modo como Jesu-christo subsiste en la Eucaristía despues de la destruccion del pan y del vino es un misterio superior á todas las luces de la razon, que debemos creer por la palabra de Dios y por la autoridad de la Iglesia. Allí se detuvieron, y los concilios que condenaron la heregía no han hecho mas. Qualquiera, pues, que intente traspasar estos límites inmutables, y abrir nuevos caminos, no puede ménos de venir á parar en el error.

Observemos ántes de concluir, que si entre los contrarios de Berengario ha habido quien lo haya acusado de negar el dogma de la presencia real, generalmente reconocido en su tiempo, y que él mismo admitia, es porque la fe de la Iglesia, tocante á la mudanza de substancia en la Eucaristía, por virtud de las palabras divinas, era tan auténtica y tan cierta, que no se pensaba que fuese posible proponer nuevas ideas sobre este objeto sin trastornar de todo punto la doctrina católica.

»No se tuvo por necesario convocar concilio general contra Berengario, como ni tampoco se convocó contra

»Pelagio, porque habiéndose recibido unánimemente en todas las iglesias las decisiones de la santa Sede, y de los concilios particulares, se halló de tal modo destruida la heregía de Berengario, que solo encontró abrigo entre los maniqueos." Esta es la reflexion del erudito autor de la historia general de los autores sagrados y eclesiasticos. (tom. 20. pág. 294.) Reflexion juiciosa que merecia ocupar aquí lugar.

ARTICULO X.

Personas ilustres en santidad.

Entre los personages santos, que se hicieron célebres por sus virtudes en el siglo XI. no escogeremos mas que tres, porque han fundado órdenes famosas, que subsisten todavía con edificacion en la Iglesia.

San Romualdo es el primero en el orden de los tiempos. Nació en Ravena á mitad del siglo X. de una familia ilustre, que poseia inmensas riquezas. Educósele segun las máximas del siglo, llevando en él sus parientes unas ideas puramente mundanas. Luego que salió de la infancia, se conformó en su modo de vivir con los jóvenes de su edad y de su esfera. La caza le ocupaba una parte del tiempo; y los placeres sucedian á este penoso ejercicio, del qual descansaba en el seno del deleyte. Sin embargo, en medio de esta vida disipada no dexaba de sentir algunos impulsos que le movian hácia Dios. La soledad era para él un encanto, y quando cazando encontraba algun parage apartado, con aspecto risueño y agradable se detenia en él, y decia suspirando: ¡Ay! *quán dulce seria vivir aquí, lejos del mundo y de su esclavitud.*

Estos piadosos afectos adquirieron nueva fuerza por un suceso que la providencia habia dispuesto para decidir su vocacion. Su padre, hombre violento y soberbio, habia reñido con otro señor; y desafiando á su enemigo, quiso que Romualdo fuese testigo del duelo. Viendo esta barbaridad, se horrorizó de ella, y resolvió dexar un mundo, que ponía la gloria y la reputacion en la crueldad. Un monasterio inmediato á Ravena fué su primer asilo. En él tomó el hábito de religioso á la edad como de 20 años. Los monges que habitaban este desierto no vivian conforme á

las reglas de su instituto. Despues de estar Romualdo tres años con ellos, no obstante la poca autoridad que le daba su corta edad, se atrevió á reprehenderlos, y hacerles conocer el riesgo en que estaban de perderse si continuaban viviendo en la relaxacion. Indignados de esta libertad en un jóven tan temerario, que queria dar lecciones á sus maestros, convinieron los monges entre sí en quitar de en medio á este imprudente censor. Noticioso Romualdo de sus intentos, y temiendo que llegasen á ponerlos en execucion, pidió permiso para retirarse, el qual consiguió. De allí fué á sujetarse á la direccion de un santo ermitaño, llamado Marino, que vivia á alguna distancia de Venecia. Mas piadoso que instruido el ermitaño Marino, exercitó la paciencia de su discípulo de un modo bastante nuevo, y que no habria aprobado por cierto la discrecion de los solitarios antiguos. Enseñándole á leer, lo que apenas sabia, le daba en la cabeza con una varilla por el lado izquierdo, de suerte que Romualdo llegó á decirle un dia que le diese en la oreja derecha, porque casi habia perdido el uso de la otra.

Despues de haberse exercitado por algun tiempo en las virtudes religiosas, baxo la direccion del buen ermitaño, siguió Romualdo en Cataluña á un célebre abad llamado Guarín, que habia convertido á Urseolo dux de Venecia, y á un senador llamado Juan Gradénico. En este nuevo retiro se hizo en breve tan famoso por su eminente piedad, y por el talento que Dios le habia concedido para dirigir á los otros, que una multitud de discípulos de todos estados vino á sujetarse á su disciplina. Tuvo por discípulos personas de la mayor gerarquía, entre otros un hijo del rey de Polonia, y un pariente del emperador, que predicó en adelante el Evangelio en Rusia, y alcanzó la corona del martirio. Romualdo, que se hallaba inflamado de un fervoroso zelo por la conversion de los idólatras, se puso en camino en compañía de otros muchos con el fin de trabajar en ella; pero Dios, que tenia otras ideas con él, lo detuvo en el camino dándole una debilidad de piernas que le cogia siempre que queria andar. Apartóse de sus compañeros despues de haberles dado prudentes consejos para gobernarse en la santa empresa, de la qual sentia no poder participar con ellos. En adelante se consoló con saber las abundantes bendiciones que Dios habia derramado sobre

sus trabajos, y los efectos maravillosos de su mision en Polonia y en las otras comarcas del Norte. No pudiendo estar ocioso el zelo de Romualdo, se dedicó á combatir la simonia tan comun entónces entre los eclesiásticos, y á inspirar el desprendimiento del mundo á los legos. El número de los que se convertian con sus exhortaciones era tan grande, que apenas habia formado una comunidad, quando tenia que confiarla á un superior para ir á echar los cimientos de otra. Todos estos religiosos, los mas de los quales eran de nacimiento distinguido, criados con delicadeza, y alimentados con abundancia, vivian en la austeridad mas rigurosa, practicando á la letra la regla de san Benito que habia adoptado su maestro, y no teniendo otra emulacion entre sí, que la de servir á Dios con mayor fervor. Sin embargo, el santo fundador era enemigo de todo exceso y de qualquier sigularidad. No permitia ni las maceraciones extraordinarias, ni las largas vigillias, ni nada que excediese de las observancias comunes que la regla prescribia á todos.

De este santo hombre se cuenta una de aquellas acciones extraordinarias que se hallan algunas veces en la vida de los que el espíritu de Dios suscita para ser un grande espectáculo en la Iglesia, y que no se deben imitar en todo. Su padre, tocado de Dios, se habia retirado á un monasterio cerca de Ravena. Al cabo de algun tiempo concibió el deseo de volver al siglo; de lo que noticioso Romualdo por los religiosos del monasterio, se partió de la Cataluña, y pasó á Ravena. Habiendo encontrado á su padre en la misma resolucion, lo hizo cargar de prisiones, y castigar duramente hasta que la tentacion de dexar la soledad hubiese cedido á esta correccion. El suceso justificó un procedimiento tan extraño. El padre de Romualdo no pensó mas en dexar la vida religiosa, y algun tiempo despues murió santamente, dexando edificados á los hermanos con grandes exemplos de paciencia y de resignacion.

El establecimiento mas célebre de san Romualdo fué el monasterio que fundó el año 1012 en una soledad de Apenino, en la diócesis de Arezzo, llamado Camaldoli. En él pasó los 15 últimos años de su vida en exercicios de penitencia, y el recogimiento mas estrecho, orando sin cesar, hablando poco. Murió el año 1027. No obstan-

te sus dilatados trabajos, y la austeridad de su vida, habia extendido su carrera hasta la edad de 90 años. En su sepulcro obró tan crecido número de milagros, que el papa Juan XIX. concedió á los religiosos del monasterio de Camaldoli el permiso de erigir un altar en el lugar de su sepultura, cinco años despues de su muerte. San Pedro Damiano, que ha escrito su vida, refiere que sus virtudes le habian adquirido tal autoridad, que sola su presencia intimidaba á los pecadores mas obstinados, é inspiraba respeto á las personas mas ensalzadas en dignidad. Habíasele honrado con el orden sacerdotal; pero no se sabe en qué año. Del monasterio de Camaldoli es de donde han tomado los religiosos de san Romualdo el nombre de Camandulenses, con el qual se les conoce desde fines del siglo XI. Hasta entónces se habian llamado Romualdinos, del nombre de su santo fundador.

San Juan Gualberto, uno de los personajes mas ilustres de este siglo, á principio del qual nació, era hijo de un caballero florentino, llamado Gualberto como él. Su padre lo destinaba para la profesion de las armas, que era la suya; y como su educacion y principios, que se le dieron en la juventud no tuvieron otro objeto, se llenó de todas aquellas preocupaciones en que las ideas del tiempo fundaban esta profesion. Luego que hubo concluido los exercicios á que se aplicaba entónces á los jóvenes de distincion, le mandó su padre que tomase venganza de la muerte de uno de sus parientes, asesinado por otro caballero. En conseqüencia de esta orden, fundada en los usos bárbaros, que tenían fuerza de ley entre la nobleza, debia buscar por todas partes al homicida, hasta haber lavado en su sangre el ultraje hecho á la familia. Gualberto se lamentaba de hallarse en la cruel necesidad de meter su espada en el seno del homicida para satisfacer á las leyes del mundo. Un dia encontró á este enemigo en un camino tan estrecho, que les era imposible huir uno de otro. Ya tenia Gualberto levantado el brazo para descargar el golpe, quando habiéndose echado al suelo el culpado, le pidió por Jesu-christo que le concediese la vida, lo que no pudo negarle Gualberto movido de compasion. Despues de esta accion se entró en una iglesia inmediata, en donde dió gracias á Dios por el favor que acababa de hacerle, y por los afectos de misericordia que le habia inspirado. En

el fervor de su oracion formó la idea de apartarse del mundo, y dedicarse enteramente á la virtud. Su padre combatió mucho tiempo esta piadosa resolucion; pero viéndolo inflexible, le permitió seguir la inclinacion que el espíritu de Dios le habia sugerido. Gualberto se retiró primero al monasterio de san Miniato de Florencia, en donde hizo tan grandes adelantamientos en la piedad, que habiendo perdido los monges al abad que los gobernaba, lo eligieron unánimemente para reemplazarlo; pero el humilde religioso se negó con constancia á admitir este cargo; y porque no se le violentase, y con el anhelo de llevar una vida mas perfecta, dexó el monasterio, y fué á ocultarse en la soledad de Camaldoli. Allí permaneció algun tiempo en medio de los santos anacoretas que se habian formado baxo la direccion de Romualdo, con cuyos exemplos se excitaba á la virtud, y se penetraba del espíritu del santo fundador que respiraba todavía en sus discípulos. Dios, que lo destinaba tambien para ser padre de una numerosa posteridad de religiosos, le inspiró el deseo de establecerse en otra soledad del Apenino, ménos apartada de Florencia que la de Camaldoli.

Este sitio se llamaba Valle-umbrosa, nombre que ha conservado hasta ahora, por los altos pinos que hacian sombra á esta parte de la montaña. Habiéndose detenido allí Juan Gualberto, echó los cimientos de la célebre congregacion de Valle-umbrosa, de que fué fundador. Sujeto á los monges, que se congregaron allí de todas partes baxo su disciplina, á la regla de san Benito, que les hacia practicar en todo su rigor. Dios le habia dado el discernimiento de espíritus en tal grado, que entre los hombres de todos estados que venian á pedirle el hábito religioso, distinguía á la primer mirada los que habian de perseverar, de aquellos á quien no animaba mas que un deseo pasajero de conversion. En la eleccion de los sugetos que se le presentaban, preferia los pobres á los ricos, y nunca admitia las donaciones que estos querian hacer de su hacienda al monasterio. Habiendo sabido que el superior de una casa de su congregacion se habia relaxado en este punto, y que un hombre rico al profesar se habia desposeido de todo en favor del monasterio y en perjuicio de su familia, se enfureció el santo hombre, y pidiendo la escritura, la rasgó, y restituyó todo á los parientes del donante. La econo-

mía y amor de la pobreza que juntaba con el desinterés, le proporcionaba hacer quantiosas limosnas. Quería que todos sus religiosos, y principalmente los superiores tuviesen las mismas máximas que él en el uso de lo temporal. Para acostumbrarles con mas eficacia, hacía muchas veces distribuir á los pobres en sus visitas todas las provisiones de una casa, sobre todo quando veía que se habían juntado con solicitud puramente humana. El autor de su vida refiere que habiendo ido á visitar un monasterio de su jurisdiccion, halló sus edificios de una extension, y de una hermosura poco correspondiente á la simplicidad religiosa, por lo qual reprehendió muy agriamente al superior diciéndole, que mas bien hubiera hecho en emplear el dinero de la comunidad en alimentar á los pobres que no en construir un palacio; y volviéndose despues hácia un arroyuelo que corria allí cerca, dixo: *oxalá que este escaso arroyuelo llegue á hacerse un torrente que destruya un edificio demasiado suntuoso para servir de habitacion á unos pobres monges como nosotros.* Apénas acabó de hablar, continua el historiador, quando habiéndose hinchado el arroyuelo arrastró tan grande porcion de peñascos, que arruinaron todos los edificios. Atemorizado el superior con este suceso, quería trasladar á otra parte el monasterio; pero el santo hombre lo impidió, asegurándole que el arroyuelo no saldria mas de su madre, lo que puntualmente sucedió como lo habia vaticinado. La santa y penitente vida que llevaba Juan Gualberto en medio de los afanes que acarreaba el gobierno de su congregacion, su zelo por conservar la disciplina monástica, y el don de milagros que le habia concedido Dios, extendieron su fama por toda Italia. Reyes, príncipes y sumos pontífices venian á buscarlo en su soledad para instruirse con sus consejos. Enemigo de toda vanidad, no se dexaba llevar de aquellos aparatos de los grandes de la tierra que á tantos habrian lisonjeado, sino quando podia resultar de ello algun bien. Despues de haber fundado un crecido número de casas religiosas, y reformado otras muchas, cayó enfermo en el monasterio de Pasiguano, cerca de Florencia. Luego que conoció que se iba acercando su fin, juntó todos los abades y superiores de su congregacion para exhortarlos á conservar el fervor y regularidad en las cosas que les estaban confiadas; y habiendo recibido despues los

sacramentos de la Iglesia, murió de edad de 73 años el de 1073. El papa Celestino III. lo puso entre los santos que celebra la Iglesia en el año 1173. La órden de Valleumbrosa es la primera en que se han admitido dos clases de religiosos distinguidos hermanos de coro y hermanos conversos ó legos. Estando encargados estos de las obras mas penosas, no eran obligados á un silencio tan riguroso como los otros. En lo demas seguían la misma observancia.

La órden de los cartuxos, tan célebre y mas extendida que la de Valleumbrosa, tuvo tambien su origen en este siglo, gloriándose la Francia de haber sido su cuna. San Bruno, que dió esta nueva familia á la Iglesia, nació en Colonia hácia el año 1040. Sus parientes tenían un empleo distinguido en la ciudad, y su piedad los hacia todavía mas recomendables que no su nobleza y opulencia. Bruno habia recibido del cielo las mejores disposiciones para la ciencia y la virtud, las quales se cultivaron con la mas buena educacion que se pudiese dar entónces, tanto en la colegial de san Cuniberto de Colonia, como en la escuela de Reims, adonde vino á perfeccionarlas. Sin olvidar las artes agradables, se aplicó sobre todo á las ciencias profundas y sólidas, en las que hizo rápidos adelantamientos representándonoslo los escritores de su siglo como un filósofo hábil y un teólogo docto. La fama que adquirió le hizo elegir para ocupar el empleo de escolástico ó regente de la escuela establecida en la catedral de Reims, de que ya era canónigo, y de que en adelante llegó á ser cancellor. Supo mantener la fama de esta escuela, y los discípulos que tuvo desempeñaron con distincion las mas altas dignidades de la Iglesia, hasta ver á uno de ellos, que fué Urbano II., en la cátedra de san Pedro. Pero no nos hemos propuesto considerarlo aquí por el lado del talento y del mérito literario: sus virtudes le han dado derecho mas seguro y mas apreciable á los elogios de la posteridad.

Desde muy niño habia manifestado Bruno un gran fondo de piedad; y léjos de debilitar estas felices inclinaciones la edad y la experiencia, solo sirvieron para confirmarlas. Reflexionaba muy á menudo sobre los peligros del siglo, sobre el descanso de la soledad, y sobre la felicidad de los que se entregan enteramente á Dios. Estas reflexio-

nes adquirieron nueva fuerza, y obraron poderosamente en su corazon quando fué testigo de los alborotos que se movieron en la Iglesia de Reims, siendo obispo Manasés, prelado escandaloso y violento, que tiranizaba á todos los que reprehendian sus desórdenes, ó que no los aprobaban. Algunos amigos, que eran de su mismo sentir, formaron con él la resolucion de dexar las cosas perecederas para conseguir los bienes eternos. De este modo se explicaba él mismo en una carta escrita mucho tiempo despues de su retirada á uno de sus amigos antiguos. Estos fueron los motivos que lo determinaron á dexar el mundo, y no la pretendida resurreccion de un doctor de París, reputado por bueno, que levantando la cabeza fuera del ataud miéntras lo iban á enterrar, dixo que era acusado, juzgado y condenado: suceso de que Bruno ni ninguno de sus contemporáneos ha hecho mencion.

Aunque los escándalos de la iglesia de Reims hubiesen cesado con la expulsion de Manasés, y la eleccion de Raynaldo, que le sucedió, no perdía Bruno de vista el piadoso designio que habia formado. Para executar lo buscó seis compañeros de gran fervor. Todavía deliberaban sobre el género de vida que habian de abrazar, y sobre el sitio que escogerian para retirarse, quando se les encaminó al santo obispo Hugo de Grenoble, como el mas capaz de dirigirlos en su empresa, y así se partieron para irlo á buscar. La noche antecedente habia visto el santo prelado siete estrellas brillantes, que despedian la luz muy léjos. Luego que Bruno y sus seis compañeros llegaron, no dudó que el cielo los hubiese querido significar con los siete astros, cuyo resplandor habia herido sus ojos en medio de la obscuridad. Recibiólos con alegría, y los condujo á una soledad horrorosa y casi inaccesible entre montañas y peñascos. Este lugar se llamaba la Cartuxa; y allí es donde Bruno echó los cimientos de su órden. Sus compañeros y él edificaron desde luego un oratorio dedicado á la Virgen santísima, al rededor del qual hicieron unas celdillas separadas unas de otras, en donde vivian en silencio, oracion y trabajo de manos. Mas bien parecian ángeles que hombres: tan unidos estaban con Dios y desapegados de la tierra. Luego que el número de los discípulos de Bruno se aumentó hasta 12, se edificó una iglesia mayor y mas cómoda; pero el santo fundador desterró de ella todo

aquello que solo pudiese servir para agradar á la vista. No se veia oro ni plata, ni ricos adornos, ni pinturas primorosas, ni nada precioso. El caliz para decir misa era la única pieza de plata que poseia el monasterio. En las celdas, que estaban distribuidas al rededor de un claustro, se advertia la misma simplicidad. Cada solitario tenia la suya, y permanecia en ella todo el dia aun para comer, y no se juntaban mas que en la iglesia á cantar el oficio divino. Todos los domingos les distribuía el ecónomo pan y legumbres para toda la semana. No tenian otro alimento, ni comian jamas carne, aun en las enfermedades mas graves. Ayunaban todo el año, no haciendo mas que una comida, excepto los domingos, las fiestas solemnes, y las octavas de pascua de Pentecostés y de Navidad. No hablaban casi nada, y llevaban cilicio en todo tiempo aun de noche. Por todas estas circunstancias se ve, que á pesar del transcurso de los siglos, y de los progresos de la relaxacion, que nada ha perdonado el órden exemplar de los cartuxos, es el que se ha apartado ménos de su primer instituto.

El santo obispo de Grenoble no tenia mayor consuelo que ir á menudo á la Cartuxa á participar de los ejercicios de estos piadosos solitarios. Vivía como ellos, se sujetaba á todas sus observancias, y se excitaba con su exemplo á la práctica de las virtudes que mas repugnan á la naturaleza. A veces era preciso que Bruno lo despachase á su retiro; pero luego que los negocios de su diócesis se lo permitian, venia á juntarse con los siervos de Dios. La vida celestial que llevaban habia hecho su soledad objeto de veneracion, viniéndose á ella en romería, como á una tierra de bendicion, y á un lugar consagrado con la presencia de los santos. El conde de Nevers fué llevado allí de una piadosa curiosidad como otros muchos. Admiró un recogimiento, una penitencia y una pobreza que no habia llegado hasta este grado en ningun órden religioso. De vuelta á su casa les envió mucha vaxilla de plata. Bruno, á quien se llevó este regalo, no quiso recibirlo, diciendo que todo esto no era de ninguna utilidad para él ni para los suyos. Mas edificado el conde que nunca, les envió pieles y cueros para copiar libros. San Bruno las admitió, porque sus religiosos empleaban parte del tiempo en copiar manuscritos, y la biblioteca era la única riqueza de esta soledad.

Ya hacia cerca de 6 años que gobernaba Bruno la cartuxa en calidad de prior ó maestro (que es el título que le dan los autores contemporáneos, como tambien á sus primeros sucesores) quando Urbano II., que habia sido discípulo suyo, lo hizo venir á Roma para que lo ayudase con sus consejos en el gobierno de la Iglesia, y con efecto hizo este viage hácia el año 1089. Sus religiosos quedaron tan sentidos con su marcha, que abandonaron una soledad que ya no tenia ningun atractivo para ellos. Sin embargo, volvieron á ella al cabo de algun tiempo, y empezaron de nuevo su primer género de vida, baxo la direccion de Landuino, que el santo fundador les habia dexado para gobernarlos. Bruno fué recibido del papa con la distincion debida á su mérito. El pontífice, que conocia su prudencia, lo consultaba en los negocios mas arduos; pero la corte de Roma, adonde se llevaban todas las causas del mundo christiano, no era residencia que pudiese contentar á un santo que habia gustado las dulzuras de la soledad, y que suspiraba por ella. Solicitaba con ansia la licencia de volverse á la cartuxa; pero no queriendo Urbano consentir en ello, le instó que aceptase el arzobispado de Reggio. Bruno rehusó con constancia una honra de que se juzgaba indigno. Al fin, vencido el papa por sus instancias, tuvo á á bien que se retirase á una soledad de la Calabria con algunos compañeros que habia ganado para Dios durante su residencia en Roma. Allí llevaron la misma vida que se practicaba en la cartuxa de Grenoble. Este nuevo retiro de Bruno era muy diferente del primero, lleno de peñascos, rodeado de precipicios, y estrechado por altas montañas. Este, segun la descripcion que él mismo ha hecho, era un valle espacioso y agradable, en que se respiraba un ayre puro. Fuentes y arroyuelos lo regaban, y en él se admiraban árboles de toda especie, cargados de las mas delicadas frutas, con prados siempre cubiertos de verdura y de flores. Allí fué donde Bruno fundó la segunda casa de su orden, en una tierra dada por Rugero, conde de la Calabria. Este nuevo monasterio, cuya fundacion se pone en el año 1094, se llamó *la Torre*. Bruno pasó en él los 7 últimos años de su vida, y murió santamente el de 1101, despues de haber hecho en presencia de sus religiosos una confesion general de toda su vida, y una profesion de fe, en que insiste sobre el dogma de la presencia real de Jesu-

christo en la Eucaristia, á causa de los errores de Berengario, de quien habia sido discípulo y amigo.

San Bruno no habia dexado regla particular á sus discípulos; y así sus estatutos los hizo el venerable Guignes, quinto general de la orden. Formólos con arreglo á lo que habia visto practicar á los primeros compañeros del santo fundador, y por esta razon los intituló *Costumbres de la gran Cartuxa*. Comunicólos á las otras casas de la orden, que no eran todavía mas que tres. Tales fueron los principios de este instituto célebre, que se ha extendido con el tiempo á todas las partes del mundo christiano. A los monasterios de esta orden se da el nombre de Cartuxa, y á los piadosos solitarios que los habitan el de cartuxos, tomados uno y otro del que tenia el primer desierto adonde se retiró san Bruno, que siempre ha sido despues la casa principal de esta orden, y la residencia del superior general que la gobierna.

ARTICULO XI.

Escritores eclesiásticos.

Entresacarémos, como lo tenemos de costumbre, los autores mas célebres y que merecen mas ser conocidos, tanto entre los griegos como entre los latinos, porque la naturaleza de esta obra no permite presentar al lector sino lo mas útil que hay que saber, y mas importante sobre cada objeto. Miguel Psello, de quien ya hemos hablado algo, fué sin contradiccion el mas docto de los griegos que cultivaron las letras en este siglo. Era descendiente de una familia ilustre de Constantinopla. Llegó á la clase de senador, y su mérito le hizo ser muy estimado de los emperadores, hasta la caída de Miguel Ducas, que habia sido su discípulo. Despues de este suceso, que se refiere al año 1078, se retiró Psello á un monasterio, en donde murió al cabo de algun tiempo. Los AA. griegos que le han sucedido han hecho grandes elogios de su erudicion. Habíase exercitado con acierto en casi todas las especies de literatura sagrada y profana. Sin embargo, los varios escritos que ha producido su pluma no se han reunido en un cuerpo sino que se hallan, ó impresos separadamente ó esparcidos en varias colecciones. Leon Allatio, uno de los mas eruditos